

**LA CALLE Y SU MUNDO
CERTERO DISPARO**

Tal vez fuese un águila blanca.
(Opinión personal)

De tirador de primera debemos calificar a Mauro Zúñiga, agricultor peruano que, aparte de su destreza en el manejo de la escopeta, estuvo a la altura de las circunstancias. Cuando un águila atenazaba una criatura y levantaba el vuelo hacia las cumbres, el terrícola no lo dudó un instante; se echó el arma a la cara y apretó el gatillo: el ave cayó fulminada y el infante salió indemne de la aventura. No sabemos cómo andan en el Perú en materia de condecoraciones. Acaso exista una medalla de salvamento de niños que Mauro merece por su serenidad y puntería. Nosotros le otorgaríamos el honoroso título de escopetero mayor o en su defecto le nombraríamos comisario de armeros y apuntadores andinos, u otro apelativo cinegético y pomposo.

No es la primera vez, ni será la última, que un águila se lleva en volanda una crianza, como tampoco nos extraña que un lobo aramble de su cuna con un mamoso y lo portee a la ladera fragosa. Pero el lobo raptor, aún rodando en su huida de un tiro seguro, no constituye un motivo para izar a la plástica; y en cambio lo es el indígena con el arma un tanto en el aire y el águila cayendo con su presa en las garras. Las águilas son antiguos temas heráldicos y por tanto manoseados por los tallistas, pues incluso aparecen en los remates y bajorrelieves en los que colaboran arquitectos y artistas. Coronan cúpulas y resaltan sobre los dados en las cornisas y a caballo de enormes frontones geométricos. Las águilas discurren por los mundos dispares de la decoración y la genealogía, pero en escasas ocasiones asumen un papel destacado en lo que podemos llamar escultura enaltecedora.

En esta coyuntura se me ocurre acercarme a la vieja Astorga. En la guerra de la Independencia, la ciudad fue sitiada en dos ocasiones. La plaza se rindió al enemigo sin que el honor militar fuese mancillado. Los historiadores han relatado las vicisitudes de los sitios astorganos, y a finales del siglo pasado, para conmemorar aquellas gestas heroicas, en las cuales brilló a gran altura el vigor de la raza, se erigió un monumento, obra del exímio artista Enrique Martín. Rememoro en este trance el león de bronce, larga cola y soberbia cabeza, posando su garra diestra sobre un águila moribunda, triste epílogo de una pelea singular. Luce el rey de la selva encima del pedestal modernista. En la concepción del autor, el león hispánico había vencido a la orgullosa águila napoleónica, aunque en Astorga la cosa sea más bien dudosa. La idea fue muy celebrada y el trabajo del escultor mereció encendidas alabanzas. Pero no es ésta la cuestión. Quedamos en que el escopetero, empuñando el arma y el águila desplomada, resultan un tema digno de ser esculpido. Cavilamos, sin embargo, que a Mauro Zúñiga no lo plasmarán de esta guisa en un parque público. Pero es muy posible que, ya difunto, levanten en la cabecera de su sepultura, el recordatorio en mármol de su acto humano y valeroso. Por los cementerios americanos se ven figuras de futbolistas en actitud de chutar a gol; boxeadores en guardia; pescadores enarbolando sus cañas; biólogos mirando por un microscopio... Merece Mauro, apuntador de primera, esta plástica de ultratumba. No cabe la menor duda. ERO.

Joan FUSTER

ALGO MAS QUE SEMANTICA

HACIA UN NOMBRE PROPIO

CON todo ese tejemaneje verbal que ahora se llevan los políticos, y precisamente a propósito de «nacionalidades y regiones», el caso de los valencianos ha vuelto a la superficie en los términos precarios de siempre. Y no porque su planteamiento sea confuso o vacilante. Ni mucho menos. Nunca como hoy, por lo que puede advertirse en la calle y en los papeles, las exigencias colectivas han sido expuestas con tanta nitidez y con apoyos tan calurosos. No digo que todo el monte sea orégano, ni tampoco que todo sea cuestión de soplar y hacer botellas. Aún queda bastante por hacer. Pero el «problema» está en pie, urgido en propaganda y en estudio, en polémicas y en misiones, en gritos y en zancadillas. Buena señal, en definitiva. Y sin embargo... Ocurra que, en unas circunstancias como éstas, las viejas rémoras históricas y no pocos intereses creados igualmente encastillados se interfieren con una energía agreste. A veces, o mejor, a menudo, proceden de fuera; a veces, ¡ay!, de dentro. Por ejemplo: ¿«nacionalidad» o «región»? Y si «región», ¿de «qué»? Podrá parecer, este par de preguntas, un tiquismiquis teórico, si no académico. No lo es...

Pondré otro: otro ejemplo. El del nombre. Para un observador ajeno a la realidad local, quizá, el que los valencianos todavía estemos discutiendo la designación de nuestra comunidad le resultará chocante, e incluso cabría que llegase a la conclusión de que aquí ni siquiera hemos logrado un primer acuerdo efectivo. El asunto no es trivial, y quien suponga que lo es —un cierto filósofo carpetovetónico, años atrás, sin ir más lejos— no habrá entendido nada de nada. Las diversas parcelas del Estado español tradicionalmente y socialmente «cualificadas» tienen, todas, un topónimo incontrovertido, un «corónimo» si se quiere, excepto la nuestra, la de los valencianos. Galicia, Aragón, Castilla, Andalucía, Euzkadi, Cataluña, Baleares, son nombres válidos a escala de identificación, sin competencia con otros al interior de sus territorios. Excepto Valencia. Bueno: lo de Euzkadi tampoco es del dominio común, si pensamos en la situación de Navarra, y las Baleares son Baleares y Pitiusas, y el gentilicio «mallorquín» no siempre les cae bien a menorquines e ibicencos. Pero Euzkadi y «les lles» son suficientes. ¿Valencia?

Un distinguido amigo mío, hombre dado a las comparaciones ilustres, decla

una vez que, con Valencia, pasaba lo mismo que con Roma: la «ciudad», con su nombre, daba nombre a lo demás, «imperio» o «reino». Estos juegos de palabras son bonitos, pero bobos. Después de que don Javier de Burgos, o quien fuese, implantó la «división provincial» que seguimos sufriendo, Valencia empezó a significar: la ciudad, la provincia y el residuo del «antiguo Reino». Un valenciano de Elx o de Alcoi, un valenciano de Borriana o de Morella, corrieron el riesgo, en seguida, de convertirse en «alicantinos» o en «castellonenses», porque la instancia global, «valencianos», venía reducida a la «provincia» central. Un habitante de Lleida, de Girona, de Tarragona, de Barcelona, tenía una referencia clara: Cataluña, catalán. La «homonimia centrada en «Valencia» se tradujo, a la larga, en un embrollo permanente. La ciudad —su «clase dominante», claro está— tendió a irradiar una nomenclatura restrictiva: «economía valenciana», «valencianismo», «valencianía», fueron etiquetas limitadas a las comarcas centrales. Las otras dos provincias segregaron —también sus «clases dominantes», y con ellas los tinglados administrativos— un «patriotismo» discrepante. Era lógico.

De ahí la grotesca broma de la «alicantinidad». La gente de la Plana, más sensata, se abstuvo de inventar una «castellonidad»: o no por ser más sensata, sino porque nunca existió un antagonismo de «burguesías municipales» entre Castellón y Valencia, como los hubo y los hay entre Alicante y Valencia. La persistencia de la unidad «regional» dio lugar a una solución sucursaloides: «Levante». Todos éramos «levantinos», y así superábamos la dificultad de llamarnos «valencianos». Pero «Levante» es una indicación geográfica fijada desde un centro, y desde ese centro el «Levante» podía ensancharse o encogerse, a gusto del consumidor. Cuando Unamuno lanzó el conocido apóstrofe: «¡Seréis siempre unos niños, levantinos! ¡Os ahoga la estética!», se dirigía a los barceloneses del «Aplec de la Protesta», si no estoy equivocado, y no a cualquier mitin lerrouxista —a ratos, blasquista, según la geografía— de Valencia, Alicante o Castellón. Lo de «levantinos» obtuvo un éxito obvio por lo que afecta al sur: «levantinos» eran Azorín, Miró, Esplá, y hasta Miguel Hernández y Ruperto Chapí. Luis Vives, Ausiàs March y Blasco Ibáñez, en cambio, ya eran «valencianos».

Contra ese «Levante» hasta cierto

punto justificado —o muy justificado, frente a la memez provinciana de la Valencia —capital—, hacia falta un «nombre». Surgió el de «País Valenciano». Ignoro de quién fue la idea; pero, dentro de lo que cabe, fue un hallazgo. Sitúo el origen en los años de la Primera Dictadura. Su promoción coincide con la Segunda República. En parte, se trataba también de esquivar dos fórmulas inservibles: la de «Región Valenciana», onerosa y desgarrada, y la de «Reino de Valencia», arcaica y prolongadamente equivocada. «País Valenciano», con las mayúsculas pertinentes, fue de uso apreciablemente regular durante el siglo XVIII. «País», galicismo —dicen— datable del XIV, adopta entonces una entidad semántica nueva. ¿País Valenciano? Era una posibilidad oportunísima. Perduraba la denominación histórica, «valenciano», supraprovincial, vigente en la consciencia oscura de la población, y lo de «País» marcaba distancias con la provincia y con la ciudad. Una aplicación adecuada de este recurso consagrado ayudaría a disipar ambigüedades y a sostener la unidad radical de los valencianos en tanto que valencianos.

Por de pronto, la ventaja se impone: reducido al mínimo el riesgo de la anfibia, todos salimos ganando. Y, efectivamente, la próspera acogida que la expresión «País Valenciano» obtiene no deja de estar relacionada con la actitud más resuelta de las tendencias pro-autonómicas. Se comprende que, mientras tanto, se irriten contra lo de «País Valenciano» los sectores reaccionarios y hostiles a las reivindicaciones en marcha. De una banda, los «regnicullos», «regionalistas bien entendidos», «ratpenateros» y demás fauna arrodillada; de otra, los «provincianistas», empezando por los de la misma Valencia, y que, subproducto ideológico —y no ideológico sólo— del «statu quo» claustrado, defienden así sus posiciones de mediocre privilegio, pero privilegio al fin. Son especies a extinguir. Su influencia, por razones obvias, sigue siendo importante, y aún manipulan amplias zonas de opinión, a través de cierta prensa, de ventanillas municipales, de monopolios de fiestas (y, en el País Valenciano, algunas fiestas, por su automático empuje popular, son objeto de increíbles mistificaciones alienatorias). Pero demos tiempo al tiempo. Y todo se andará. El hielo está roto...

A PUNTA SECA

EL TONO JUSTO DE RONQUERA

Uno cantó «La Internacional» en sus mocedades. Uno, que ha acumulado muchos años, ha cantado muchas cosas en su vida, unas por gusto y otras por fuerza. Antes se cantaba por cualquier motivo. Después se dejó de cantar. Ahora se vuelve a cantar.

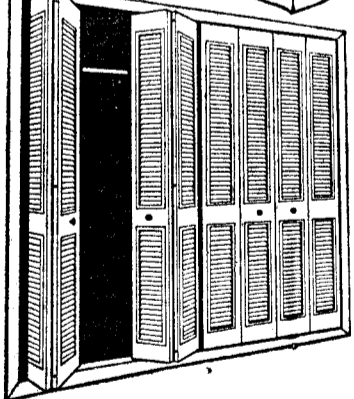
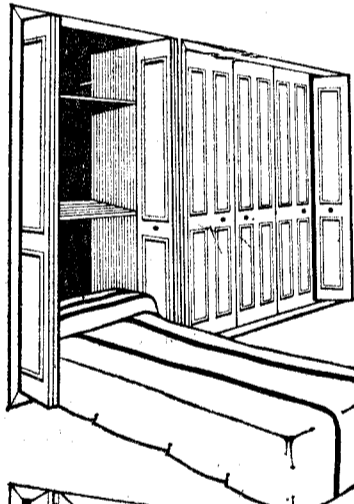
Uno, como he dicho, se arrancaba en sus tiempos con la invocación para que se pusieran en pie los parias de la tierra y la famélica legión. Uno, que ya lo ha sufrido todo, ha sido a veces paria y a veces famélico y sólo entonces comprendió el sentido del grito que enronquece la garganta. Ahora canta todo el mundo, un mundo que a veces no tiene nada de paria y mucho menos de famélico. Un mundo limpio y vitaminado, a pesar de un voluntario miserabilismo desaliñado en el vestir. Un desaliño que, de todas maneras, parece que tenga el sello de Mary Quant.

Uno, que ya es viejo y está cansado, no comprende cómo pueden adquirir el tono justo de ronquera muchas voces, cuando cantan: «En peu els damnats de la terra / en peu famélica legió...».

**



armarios empotrados
INNUMERABLES SOLUCIONES PARA RESOLVER SU PROBLEMA DE ESPACIO
BUK
EL ARMARIO EMPOTRADO PRACTICO Y DECORATIVO



Visite nuestra exposición en calle Londres, 87 o llámenos sin compromiso al tel. 230 75 45 BARCELONA

NOVIOS, el PISO de los ELECTRODOMESTICOS
Pelayo, 9, entresuelo

LA BELLEZA JUVENIL REQUIERE UN CUIDADO ESPECIAL...
DUCHA PIEL...
FORME ÚNICA EN ESPAÑA, HIDRATACIÓN DE LAS PIELS MAS DELICADAS Y SUPRESION DEFINITIVA DE ACNE, ESPINILLAS, ETC...
SIN FRATAMIENTOS GARANTIZADOS PORI...
CLINICA DE BELLEZA
HELIA
RIBA. CATALUNA, 5, 1º
T. 317 77 48.
BARCELONA.

BEST SELLER

ULTRAMAR
Novedades

<p>Esto puede suceder mañana</p> <p>DORIS LESSING MEMORIAS DE UNA SUPERVIVIENTE</p> <p>En la vida cotidiana del futuro todos los seres humanos han de luchar desesperadamente por su supervivencia. Los niños se tornan aún más temibles que los mismos adultos, mientras las plantas y los minerales invaden las calles y las casas desiertas. La forzada convivencia entre la barbarie general de una mujer, una niña y un gato adelanta, en una fábula inquietante, la posible destrucción de la sociedad del futuro.</p>	<p>Un mundo de odio y codicia</p> <p>WILBUR SMITH OPERACION ORO</p> <p>Dos hombres ambiciosos y duros se ven envueltos en un drama que les trasciende: sin saberlo, son herramientas de personajes poderosos que por intereses personales y políticos planean destruir la mina de oro más grande del mundo. Una novela de gran categoría que muestra las terribles consecuencias de la codicia del preciado metal.</p>
<p>Las últimas horas de Vietnam del Sur</p> <p>JEAN LARTÉGUY ADIOS A SAIGON</p> <p>El vibrante adiós del soldado, del periodista y del escritor al país que ha amado y donde ha vivido aventuras extraordinarias. Una obra excepcional que nos narra las últimas horas de Saigón y su dramática suerte, decidida en la madrugada entre un viejo general vencido por la fatiga y los jóvenes oficiales que deseaban morir. Perseguido por Thieu, expulsado por los comunistas, Lartéguy nos ofrece mucho más que un reportaje: la crónica de un desastre total.</p>	<p>Próxima aparición</p> <p>HAROLD ROBBINS UNA DAMA SOLITARIA</p> <p>Una joven actriz fracasada y solitaria alcanza riqueza y fama como escritora. Pero en plena gloria, su pasado de desesperación la persigue implacablemente, hasta que la obra culmina en un electrizante final. Esta nueva gran novela de Harold Robbins ocupa uno de los primeros puestos en las listas de Best-sellers de Nueva York.</p>

ULTRAMAR LOS EXITOS DEL MUNDO

muelles de carga móviles

AHORRAN TIEMPO DE CARGA, RIESGOS PARA LA MERCANCIA Y MANO DE OBRA

- Montaje rápido
- Coste mínimo de instalación y mantenimiento
- Manejo sencillo
- Servicio en toda España

PIDA FOLLETO INFORMATIVO
BYNSA
BOETTICHER Y NAVARRO, S.A.
Avda. Meridiana, 296 - Tels: 340 00 00/58
BARCELONA-13